

Adrián Goizueta y el Grupo Experimental resultan un binomio indivisible.

En su larga trayectoria artística de más de diez años han logrado plasmar un trabajo de indiscutible calidad y originalidad que los ha llevado a obtener un sólido reconocimiento en el plano nacional e internacional.

Han grabado nueve discos de larga duración editados en infinidad de países.

Han tocado en todos los teatros, salas, auditorios, plazas públicas importantes de Costa Rica. Han actuado en Sur, Centro y Norte América, islas del Caribe, Europa y Medio Oriente.

Hoy, apenas llegando de su cuarta gira por Europa

Adrián Goizueta habla para la revista ESCENA.

# BOCCA ARRIBA YA LA LUNA SE ACUESTA



*Adrián Goizueta*

Una bola de fuego pesa en la frente, mientras caen, uno a uno rigurosos los tiempos, acechantes, encuadrando cada signo, cada idea, en un cauce mágico de tonadas compartidas. un sudor satisfecho recorre mi frente empapando la noche repleta de ojos y oídos caracoles que perpetúan cada nota enredándola en recuerdos.

Nuestra sonrisa es una y no cabe, las miradas malhechoras flotan en el aire confabulando sorpresas no siempre inesperadas, pero la fiesta es una: abajo y arriba, al centro y adentro.

Mil narices te señalan, pero el perfume es uno, se recuesta entre cavernas y avanza sigiloso, inunda la sala, es un olor como de viernes, de salgamosestanoche, se esparce por la alfombra, corre, toma vuelo y se desarma confundido entre las luces y el humo.

La intocable explota, pero no es muda, ni es sorda, al contrario, grita, te estremece, te revuelca, te empapa (aclaro que no es la sordomuda de Jorge, mi amigo Boccanera) es vital como de fuego, como de viento, no es de espuma ni de acero, aunque es frágil, corpulenta, dulce y agresiva, por eso es intocable, porque las manos la tocan, es más, esa es su esencia, pero no la alcanza el verso pueril, ni los innombrables y aunque no parece, es inmune al terciopelo y a los "divertidos", altanera con los charlatanes e indiferente con los dueños, no es de espuma, es de sangre.

Explota en mil espejos, pero la voz es una, compañera  
nos hicimos uno al otro  
en la dulce celda oscura de tu vientre, y de tu vientre y del tuyo  
y del mío y cuando las cuerdas se apagan y enmudecen los martillos:  
nos encontramos con los brazos prolongados, tus muñecas maniatadas  
con las mías, con los lazos diminutos de las manos, nueve meses de encarnada  
rebeldía.

Compañera, nos hicimos piel a piel, cada canto, uno al otro  
con los brazos abiertos, uno al otro enredados, en cuerdas de acero,  
con los ojos quietos, fijos... para siempre, así sea  
así se ha visto, dicen que dicen que lo vieron, con Luis, Neto, Mauricio  
y tantos otros, junto a Eugenia galopaban en el canto.  
Una bola de fuego pesaba en la frente y la sonrisa era una,  
el perfume era uno, y la voz era una. La intocable galopa con nosotros  
por el viento, mientras, caen rigurosos los tiempos, binariando compases  
parafraseando temas en oídos caracoles paladines del recuerdo.

El ámbar azulado y el rojo amarillento incendian la tarde, la lluvia,  
el camino, la lágrima, y un Guanacaste herido de güilillas cholitos  
democráticamente descalzos, se inflama en la garganta de Fideles  
imborrables.

No es muda, ni es sorda, grita y te estremece.

El innombrable mayor Indica con el dedo y detrás de su escritorio prepara  
(minucioso) el excremento.

La voz es una y crece, te grita, te estremece, te revuelca, te empapa.

Un sudor satisfecho recorre las frentes  
y los brazos espigas son astas de un sueño

el grito no es uno, son tantos que no caben,  
son puños en alto, son flores y risas, no llores amor  
que viene amaneciendo.

Un fantasma en bicicleta recorre la sala flotando sobre espigas y cabezas,  
sobre un amarillo fuego que viene amaneciendo mientras afuera es noche  
y ya no llueve.

El altar mayor es un torbellino de notas y energía, de miradas  
malhechoras, de manos, de gargantas, de risa incontenible y de signos  
cósmicos que revelan los misterios ancestrales de adoración y culto a la  
intocable.

El rito está en su apogeo, el fantasma sobrevuela conjuntando espíritus  
benignos, santificando a su paso con confeti y serpentina. Mientras,  
mongitos, (no contras y no tragos) ivanean con sus arcos bernalenado  
tambores fidelianos que resuenan profundos, leoninos chinchilleantes,  
saavedrianos como un rezo jaimístico a orillas del adriático en el kinto kin  
de la kinesia.

La conjura triunfa, la energía se libera, el pesado techo es un quemacoco  
que se abre lentamente, la araña se reparte en un millón de aretes y  
collares; se inicia el ascenso, la intocable se hace visible y conduce el suave  
levitar de los presentes; en el altar ya nadie toca el suelo, suben y suben



las almas en gloria mientras crece el sonido en el rito de ritos. Algunos innumbrables no dan cuenta de nada, bostezan y relojean las agujas de reojo, zapatos y carteras caen en sus cabezas pero ni se inmutan. En pantallas cuadrovisuales desfilan niños con liebres, con sus Matildes madres y novias golosineando cañas dulces, pasan Don Pedros con bastones, incorregibles subversivos, soldaditos rompebolas con sus gatitos violines, pasan lunes a las cinco (creo que de la tarde) pasan hombres bertoleanos grutereando sanjamases, pasan imágenes borrosas entre lluvias y epitafios, elefantes vergonzosos enamorados y tristes, pasa un loco con guitarra respondiendo con preguntas: ¿sabes qué?, por ejemplo (en un globo batmaniano) y a los troncos retorcidos los cuestiona: ¿dónde está la Guillermina?, quién la tiene?

Alguna gente atascada en el balcón del primer piso sonríe y saluda agitando el dedo gordo disimulando el apretón, pronto son parte del cauce ascendente, suben y suben las almas en gloria mientras crece el sonido en el rito de ritos. Cables y cuerdas, teclas, tambores, pianos, parlantes, platillos, pinturas, bajos y voces, butacas, bongós, sombras, sombreros, zamponas, sordinas, sonetos, sonatas, señoras y señores.

El techo es el piso y el suelo no existe, la brisa es de espuma y el viento de sangre, los ojos son miles y la mirada es una, el tiempo se detiene en una nota constante y entre pedazos de muro, en el cielo detenido la luna somnolienta se acuesta boca arriba y nos mira flotando, relocos, en el vacío.

